

UNA SERIE DE LECCIONES EN VIDEO

LAS BIENAVENTURANZAS

Ponente: Rev. A. T. Vergunst

LECCIÓN 5: BIENAVENTURADOS LOS MANSOS



Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

© 2023 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, excepto en citas breves para propósitos de reseña, comentario o investigación académica, sin el permiso escrito del editor, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, EE. UU.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas de esta publicación han sido tomadas de la Reina-Valera 1960 TM © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Derechos renovados 1988, Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo A. T. Vergunst es ministro del evangelio en la Congregación Reformada de Carterton, Nueva Zelanda, una congregación perteneciente a las Congregaciones Reformadas de Nueva Zelanda.

www.rcnz.org

LAS BIENAVENTURANZAS

10 LECCIONES

por el Rev. A. T. Vergunst

1. Introducción general al Sermón del Monte
2. Introducción general a las bienaventuranzas
3. Bienaventurados los pobres en espíritu
4. Bienaventurados los que lloran
5. **Bienaventurados los mansos**
6. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia
7. Bienaventurados los misericordiosos
8. Bienaventurados los de limpio corazón
9. Bienaventurados los pacificadores
10. Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia

5 LECCIÓN

BIENAVENTURADOS LOS MANSOS

Las bienaventuranzas que el Señor Jesús pronunció al comienzo de su bien conocido Sermón del Monte siguen siendo una de las partes más confrontantes y reconfortantes de la Biblia. En las bienaventuranzas, es el mismo Señor de la gloria quien describe ciertos tipos de personas y las llama «bienaventuradas» siete veces. Esto no es poca cosa. Escuchar al Señor Jesús declararnos bienaventurados aun cuando sentimos lo contrario en nuestra propia experiencia, es una perla de gran consuelo. Sin embargo, la enseñanza de las bienaventuranzas también es confrontadora, ya que muestra claramente que un cristiano no se conoce por lo que sabe, dice o hace, sino por lo que es ante Dios y ante los hombres.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 5:

Queridos amigos, bienvenidos nuevamente a la quinta sesión de nuestro estudio sobre las enseñanzas de Jesús en Mateo 5 versículos 3 al 12. El pasaje conocido como las bienaventuranzas es una de las porciones más asombrosas y, creo también, más necesarias de las Escrituras que podemos estudiar. Hay un proverbio que quizá conozcas, que dice: «no todo lo que brilla es oro». Ahora bien, esa verdad también se aplica al cristianismo. No todos los que dicen ser cristianos son, lamentablemente, verdaderos cristianos. Y el otro lado de esa verdad también es cierto: no todo oro verdadero brilla intensamente, aunque siga siendo oro auténtico. Eso también se aplica a los creyentes. Algunos creyentes pueden no parecer tan resplandecientes a nuestros ojos, pero ante los ojos de Dios, son sus preciosas gemas. Así que la tercera bienaventuranza — esta mañana o este día—, nos pondrá cara a cara con uno de los aspectos semejantes a una joya del alma nacida de nuevo: «Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad».

Para estimular nuestra reflexión, permíteme comenzar con una afirmación y una pregunta. Primero, la afirmación: un hombre manso es el mejor prójimo, aunque quizá sea quien más te confronte. Ahora la pregunta es: ¿cómo puede ser verdadera esa afirmación? Que el mejor prójimo pueda ser también quien más me confronte. Esto es cierto por dos razones. Porque cuando el propio nombre de este prójimo, o su propia reputación, o incluso sus propios derechos, están en juego, él es manso como un cordero, y él no insistirá en su propia honra ni en sus propios derechos, si al hacerlo se promueve la armonía y la paz en su relación contigo. Este prójimo manso tomará el lugar más bajo para convertirse en el pacificador más genuino. Sin embargo, cuidado. Su mansedumbre no es en absoluto debilidad. No es alguien fácil de

manipular. Cuando el nombre de Dios, o su reputación o sus derechos, están en juego, es tan audaz como un león y tan firme como un buey. Te confrontará mientras se mantiene firme en sus convicciones basadas en los estándares de Dios. Así que es el mejor prójimo, y sin embargo, puede ser quien más te desafíe. Esto nos presenta uno de los rasgos más hermosos del carácter del ciudadano del reino de los cielos.

Jeffrey Wilson escribió esto sobre la mansedumbre, él dice: «La mansedumbre es la marca de un hombre que ha sido dominado por Dios». Ahora bien, donde veas esta mansedumbre, sabrás que la persona que posee esta cualidad habita cerca de Dios, porque esta mansedumbre que Jesús describió es siempre fruto de alguien que vive en cercanía y con conciencia de la gran majestad del cielo. Dios es grande, y esa grandeza se refleja a sí misma en la mansedumbre de la persona que vive cerca de Él.

Así que consideremos esta tercera bienaventuranza como hicimos con las dos primeras, simplemente haciendo dos preguntas. Primera, ¿qué es esta mansedumbre de la que habla Jesús? Y segunda, ¿por qué aquellos que son mansos son bienaventurados?

1. ¿Qué es esta mansedumbre de la que habla Jesús?

Primero: ¿qué es esta mansedumbre, «bienaventurados los mansos»? A medida que vamos avanzando por estas bienaventuranzas, puedes ver cuán interconectadas están estas bienaventuranzas, y eso lo puedes ver de manera especialmente hermosa en estas tres primeras. Al descubrir mi pobreza personal —los pobres en espíritu—, mi pobreza personal en relación con Dios y en la presencia de Dios, al descubrir que estoy espiritualmente pobre, que no puedo cambiar mi condición, y que no puedo ser ante Dios lo que debería ser, como fruto de eso, experimento la segunda: el lloro. Me siento triste, afligido por esta condición lamentable que deshonra y entristece al Dios que amo. Luego, tras una reflexión más profunda, mientras el ministerio del Espíritu Santo me va enseñando, me doy cuenta cada vez más de que esta condición de pobreza me la he provocado yo mismo. Es el fruto de una acción que tomé. Al rebelarnos contra Dios nos volvimos pobres y desamparados y en bancarrota; cuando cedimos a la tentación de Satanás y nos vendimos a nosotros mismos a su servicio para hacer iniquidad. Así que como fruto de eso, ahora somos lo que somos: orgullosos, jactanciosos, arrogantes, narcisistas, egoístas, e incluso exigentes. Exijo mis derechos. No, especialmente esta actitud exigente es lo opuesto total a la mansedumbre.

La mansedumbre de la que Jesús está enseñando es un fruto del Espíritu Santo. Es una característica sobrenatural, y muy a menudo es mal entendida cuando la miramos desde una perspectiva humana. La mansedumbre bíblica es una fortaleza. Es una gran fortaleza, no una debilidad ni una flaqueza de mente o de espíritu. La persona mansa no es alguien que cede fácilmente. La persona mansa no es alguien manipulable. No pienses en la persona mansa como alguien sin carácter, que vive solo para agradar a los demás, que solo se sacrifica y se sacrifica en lugar de competir, una persona que simplemente deja que las cosas pasen, que todos lo pisotean. Esa característica, en efecto, es debilidad o torpeza, y no es en absoluto la mansedumbre de la que habla Jesús.

La persona mansa que Jesús describe aquí es alguien que ha aprendido a aceptar las consecuencias naturales de sus propios actos con gracia, con humildad, en lugar de pelear y

justificarse a sí mismo. La persona mansa es una persona que se inclina, que se rinde, que acepta las consecuencias de lo que ha sembrado en su vida, sin importar cuán amargas o dolorosas sean. A medida que aprendemos a ver nuestra condición espiritual como fruto de nuestra rebelión espiritual, así aprendemos por la obra del Espíritu a rendirnos nosotros mismos ante Dios como personas que ya no tienen más derechos—excepto el derecho a ser castigados por nuestras malas acciones, nuestros pecados.

Ahora, para ilustrar la mansedumbre, veamos tres ejemplos en las Escrituras para mostrarte la hermosura de esta característica. El primero lo encontramos en Génesis 13 versículos 5 al 12, donde leemos acerca de Abraham (el padre Abraham). Surgió una disputa entre los pastores de la tribu de Abraham acerca de los derechos de pastoreo, entre Abraham y Lot, su sobrino. Ahora bien, Abraham tenía el derecho a los mejores campos de pastoreo, pues, en primer lugar, era el mayor de los dos; y, en segundo lugar, él había beneficiado a Lot con su cuidado generoso durante todos esos años; y en tercer lugar, Dios le había dado a Abraham toda la tierra mediante una promesa. Y bien, cuando surgió esta disputa, Abraham renunció a sus derechos. Le permitió a Lot —aún siendo el más joven— escoger primero. Notemos entonces, eso es mansedumbre: poner de lado tus propios derechos para promover la paz y la armonía. Eso es mansedumbre.

Un segundo ejemplo es Moisés. Leemos de Moisés, en Hechos, que él fue un hombre «poderoso en sus palabras y obras». Qué tenía un carácter fuerte e intenso. Sin embargo, más adelante, en Números 12 versículo 3 leemos: «Y aquel varón Moisés era muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra». Entonces, ¿qué le pasó a el Moisés fiero? ¿Cómo se volvió tan manso? Esa mansedumbre fue el fruto de los largos y repetidos encuentros de Moisés con Dios. Él vivía en cercanía con Dios, y eso transformó a este hombre fiero en uno de los más mansos sobre la tierra. Y uno de sus momentos más grandes de mansedumbre fue cuando él estuvo dispuesto a renunciar a todos sus privilegios y derechos, incluso exponiéndose al completo fracaso, la maldad y la ingratitud del pueblo judío al que estaba guiando hacia la tierra prometida. Estuvo dispuesto a renunciar a sus privilegios para promover la paz y la armonía.

Ahora, en tercer lugar, consideremos a David, el fuerte rey guerrero que luchó muchas batallas contra bestias salvajes y gigantes. Sin embargo, en una parte muy triste de la vida de David, el profeta Natán necesita confrontar a este rey por algunos de los actos más oscuros que un hombre pueda cometer. Él había asesinado a un esposo fiel para encubrir el adulterio con su esposa. Natán lo confronta con ese pecado. David se inclina sin ninguna objeción ante Dios, y dice esto: «Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos», y luego dice: «Para que seas reconocido justo en tu palabra, y tenido por puro en tu juicio» (Salmo 51:4). Lo que tú hagas, ya no tengo más derechos, no más derechos ante ti ni para con ninguna de tus misericordias. Tal es la mansedumbre bíblica.

La mansedumbre que Jesús tiene en mente es, por lo tanto, una actitud del corazón —una bienaventuranza— que fluye del reconocimiento de la primera bienaventuranza —mi conciencia de pecado y culpa— al enfrentarnos con la verdad del juicio de Dios sobre lo que hemos hecho mal. Así que dejemos bien claro que esta mansedumbre no es algo que resulte de alguna auto-educación, o que sea una característica natural nuestra. Por naturaleza, no estamos dispuestos a renunciar a nuestros derechos. Mira a un niño pequeño mientras crece. Él peleará y morderá con tal de no ceder sus derechos. Nadie aumenta su mansedumbre simplemente con conocerse a uno mismo. Conocerte a tí mismo puede llevar a la depresión y a la tristeza. Pero no te

equivocos, una persona deprimida o triste por sus propias decisiones todavía puede ser orgullosa y exigente respecto a sus propios derechos. Pero una persona que comienza, cada vez más, a comprender que sus decisiones han ofendido, han deshonrado o malrepresentado a su buen y misericordioso Dios, tal persona experimentará un crecimiento en la mansedumbre del corazón. Se bajará de su pedestal, se inclinará ante Dios, y para tal persona, Dios ya no puede hacerle ningún mal, aun si Él la pasara por alto con su gracia y la dejara en el desastre que ella misma creó, aun si Él la rechazara para siempre. «Bienaventurados los mansos».

Ahora bien, esta mansedumbre como fruto del Espíritu se vuelve una característica del alma nacida de nuevo. Por lo tanto, esta mansedumbre no solo se hace visible en nuestra actitud del corazón delante de Dios y en relación con Él. No, la belleza de esta característica es que —y veremos eso más adelante en las siguientes bienaventuranzas— esta mansedumbre también se manifiesta en nuestra actitud del corazón hacia otros hombres a nuestro alrededor. La mansedumbre no significa que permitiré que los demás pasen por encima de mí. No, ya lo dije antes: la mansedumbre no es «nunca me afirmo a mí mismo». Eso no es mansedumbre, eso es debilidad. En cambio, la mansedumbre consiste en que no me afirmo a mí mismo en cada derecho que tengo, o que soporto con paciencia un insulto o una injusticia si eso promueve la paz y la armonía, si eso puede llevar a las personas a una relación correcta con Dios, o conmigo mismo o con otros. Esta mansedumbre es el espíritu que sacrifica voluntariamente los derechos, nuestros derechos, si eso sirve a la causa de Dios y al bien del prójimo.

Te daré un ejemplo de las enseñanzas posteriores de Jesús en Mateo 5 versículo 41. El Señor dice allí: «Y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos». Ahora bien, esto, por supuesto, tiene un contexto histórico. Imaginen la sorpresa de un soldado romano endurecido por la batalla, que te obliga a llevar su equipaje por una milla —lo cual, por la ley romana, tenía derecho de exigirte— imaginen que, después de esa milla, él mira tu rostro amable, y te escucha decir: «mi amigo, aunque hace calor y aunque estoy cansado, llevaré tu carga una milla más, aunque no tengo que hacerlo». Hacer eso mostrará a ese soldado endurecido por la batalla una fuerza que él mismo tal vez no posea. Es la fuerza de la mansedumbre, en la que yo cedo mis derechos para servir a un prójimo. Renuncio a mis derechos para servir a un prójimo, incluso si es mi enemigo.

Así que, al considerar esta mansedumbre, puedo ver por qué Martín Lutero dijo que este tipo de mansedumbre es una de las hierbas más raras entre los hombres. Así que, antes de considerar la bendición que Jesús añade en esta bienaventuranza, déjenme dar una evidencia más de que esta mansedumbre no es natural ni un rasgo de personalidad con el que algunos nacen, sino que es definitivamente un fruto del ministerio del Espíritu, alguien, algo, que se parece a Jesús.

Es digno de notarse que, en todo el ministerio de Jesús que ha sido registrado, él solo dijo una vez algo sobre su propio carácter. Por supuesto, podemos ver su carácter en sus acciones, en su ministerio, que lo revelan en toda su gloria y hermosura, pero solo una vez dijo algo directamente sobre su carácter. Lo encontramos nuevamente en Mateo, Mateo 11 versículos 28 al 29, donde Él nos dirige a su propia mansedumbre. Antes de que lea ese pasaje de la Escritura, permíteme recordarte a quiénes se está dirigiendo. Se dirige a pecadores que lo están rechazando, que lo están ofendiendo, que están entristeciéndolo a él y a su Padre, que son hostiles hacia él, que menosprecian a su Padre, pecadores que han destruido su creación, hombres, mujeres, niños y niñas pecadores, todos malgastando las cosas gloriosas que Dios nos da y nos ha dado.

Es a ellos a quienes habla en este versículo, y dice: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar... porque soy manso y humilde de corazón». ¿No necesitas tú eso? Él no nos está reprendiendo, no nos está reprendiendo en absoluto por la verdadera razón por la que estamos trabajados, cargados y luchando en nuestro caminar por la vida. No lo recalca diciendo: «¡¿Ves?! ¡Eso es lo que obtienes por hacer lo que has hecho!». No, no, en lugar de eso, nos invita cálida, genuina y compasivamente a venir a él, y luego nos anima a no tener miedo. Nos anima a vencer nuestra timidez o vergüenza al darnos cuenta de lo indignos que somos, como a veces se ve en los ojos de un niño, o en los que se saben culpables. Luego añade: «Venid... porque soy manso y humilde de corazón». No tengo piedras que arrojar, estoy listo para recibirte. No insisto en mis derechos. Estoy dispuesto a sacrificarme a mí mismo para que todo esté bien entre ustedes y Dios.

¿No es él un Señor asombroso y glorioso? ¿No es digno de ser conocido y seguido? Jesús es el verdadero pacificador. Nota entonces cómo aquí la tercera bienaventuranza, «Bienaventurados los mansos», está interconectada con la séptima bienaventuranza, el pacificador, «ellos serán llamados hijos de Dios» y lo veremos en nuestras próximas lecciones.

2. ¿Por qué son bienaventurados los mansos?

Entonces, ¿por qué tales mansos son llamados «bienaventurados»? —nuestra segunda pregunta. Ahora bien, en primer lugar, como con todas las demás, esto es porque esta mansedumbre es —una vez más— evidencia de la obra del Padre en nosotros, preparándonos para un nuevo mundo, para heredar el reino de Dios. No olvidemos que no solo necesitamos la obra de Cristo en la cruz para salvarnos de la culpa que llevamos, sino que también necesitamos la obra del Espíritu Santo en nosotros para salvarnos de nuestra pecaminosidad, pues en esa nueva sociedad no habrá lucha ni destrucción. Habrá armonía y paz. Necesitamos ser preparados para eso. La obra de Jesús fue pagar el precio para abrirnos la puerta hacia Dios, y la obra del Espíritu es prepararnos adecuadamente para habitar con Dios en la gloria eterna.

Entonces, la segunda razón por la que son «bienaventurados los mansos», es porque ellos —como dice nuestra promesa— «recibirán la tierra por heredad». Nota la palabra *heredad*. Heredar apunta a algo que tú recibes como un regalo, en lugar de un salario ganado. Ahora bien, esta herencia también te ha sido asignada por la buena voluntad de aquel que posee lo que nos da en la herencia. Así que, una vez más, esta recepción de la tierra como herencia no tiene nada que ver con nosotros. No se basa en ser mansos, ni en ser buenos, ni en ser dignos. Las Escrituras declaran, de principio a fin, que los dones de Dios siempre fluyen de su voluntad soberana, buena y misericordiosa, no de lo que hayamos ganado. Una de las mayores ocupaciones de la vida eterna será el creciente asombro ante el hecho de que Dios, en esta gran y amorosa misericordia, hizo que esta fuera la porción que nos tocara a nosotros, esta herencia, pues todos entenderán que este regalo fue *a pesar* de lo que hicimos, de cómo éramos, y de lo que le dimos a Dios.

En segundo lugar, nota qué es lo que heredarán—la tierra. Eso significa *la tierra*. Juntos, la humanidad redimida volverá a recibir la tierra como regalo de Dios. Si volvemos al principio de la Biblia, Adán y Eva recibieron la tierra para disfrutarla, para administrarla, para desarrollarla culturalmente, para embellecer cada parte de la creación de Dios, para hacer de ella algo

semejante al jardín que Dios mismo plantó, llamado el huerto del Edén, el paraíso. Fue una tarea placentera la que se nos dio como humanidad: para desarrollar, para diseñar, para inventar, para administrar los recursos que Dios ha dado, y para compartir con gozo las riquezas y los recursos unos con otros.

Todos sabemos cómo la entrada del pecado ha convertido esta tierra en un escenario de destrucción y competencia, opresión, violencia, injusticia, desigualdad y explotación destructiva. La promesa es que los mansos heredarán la tierra. Ese es un futuro brillante y emocionante. No, no será esta tierra en su estado actual. El Señor revela en las Escrituras que él creará un nuevo cielo y una nueva tierra, que estarán llenos de —y capta bien esta palabra— *justicia*, perfección, santidad. Este es el acto final, y será el acto final del Redentor del cielo y de la tierra, Jesucristo, una vez que Él regrese a esta tierra, y una vez que haya terminado de preparar la nueva tierra, así como preparó la primera tierra, como leemos en Génesis 1 y 2. Después de terminar eso, Él hará que los mansos hereden esta nueva tierra.

Consideren la promesa en 1 Pedro 1 versículos 3 y 4, donde Pedro también presenta una bienaventuranza, pero esta es acerca de Dios: «Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, —y nos ha hecho renacer— para una herencia [que es] incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros». Por lo tanto, ustedes, los mansos, ánimo. Aunque soporten diversas formas de injusticia, aunque deban sacrificar —y van a sacrificar— sus derechos de vez en cuando por causa de la paz, y aunque experimenten reveses injustos y abusos, recuerden lo que Pablo escribe en Romanos 8 versículo 18: «Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse».

Conclusión

Y finalmente, ¿estás teniendo la misma experiencia que yo? Cuanto más profundizo y he profundizado en estas asombrosas declaraciones de las bienaventuranzas, más belleza y riquezas encuentro en esta mina de verdad bíblica. Y amigos, aunque no tenemos control sobre el Espíritu Santo, así como no tenemos control sobre el viento en el ámbito natural, sí tienes control sobre dónde te colocas a ti mismo para recibir el viento; uno puede salir afuera. Así también, podemos colocarnos en el viento del Espíritu Santo, donde Él sopla, donde Él está activo. Por lo tanto, te animo a que te pongas cada día delante de tu Biblia abierta, toma y lee y escucha, y deja que el Espíritu sople, y ora por la mansedumbre. Esa es la promesa de Dios en el Salmo 25 versículo 9: «Encaminará a los humildes por el juicio, y enseñará a los mansos su carrera».

Gracias por escuchar una vez más. Después de esta sesión, estamos listos para escuchar el latido del corazón de las bienaventuranzas: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia».

Gracias.

Esperamos que esta lección haya sido instructiva y una bendición para ti. Por favor acompáñanos en nuestra próxima lección, en la que estudiaremos la cuarta bienaventuranza: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados».